

MIRET MAGDALENA

ASAMBLEAS DE OBISPOS

Acaban de terminar dos reuniones plenarias de obispos: la francesa y la española.

Y cualquiera que lea los trabajos desarrollados por una y por otra verá que coinciden algunos puntos fundamentales tratados por los obispos de nuestro país y de la vecina nación.

El tema de los sacerdotes-obreros, la fe en el mundo de hoy y la *Humanae Vitae* son tres preocupaciones comunes a unos y otros.

No obstante, los obispos franceses se han planteado también los acontecimientos internacionales de Biafra y de Checoslovaquia, las relaciones de culto religioso entre católicos y protestantes y el problema de los diáconos.

Pero una de las diferencias más notables, entre una y otra Asamblea Episcopal, ha sido la información. En la española los mismos obispos han reconocido la escasez informativa que se está dando, lo que da origen a rumores sin fundamento suficiente, informaciones desorientadas y cábales que sería preciso evitar. Pero estos defectos no se superan callando ni unos ni otros, sino informando más y mejor. Así lo ha aceptado el presidente de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social, monseñor Cantero.

Hoy en día, tenemos en la Iglesia un testimonio claro de cómo debe procederse en este tipo de Asambleas. El Concilio Vaticano II fue ejemplar, en este orden de cosas; comenzó hablando poco, de cara a los periodistas y a la prensa mundial, pero terminó con un cotidiano servicio de prensa del Vaticano y un contacto abierto y constante con los medios informativos, lo cual permitió una difusión de las preocupaciones manifestadas en el aula conciliar y un conocimiento de las soluciones aportadas por los principales obispos del mundo entero.

Las Asambleas Episcopales deben ser parecidas, y mejor que interpretar por conjeturas lo que en ella pasa, sería preferible facilitar a los medios informativos un conocimiento de primera mano de lo que va ocurriendo, sin filtrajes excesivos.

La prensa francesa, día tras día, iba informando con todo detalle de lo que ocurría en la reunión. Y, en cambio, entre nosotros había un parte excesivamente conciso, y sin apenas contenido, que aclarase lo ocurrido, e incluso algunos días se ha carecido hasta de este insuficiente medio informativo.

Todos sabemos que algunas cosas pueden ser reservadas, y nadie pide que absolutamente todo sea conocido, aun en los detalles más mínimos, pero lo que si deseamos los españoles es que se cumpla esa *corresponsabilidad* que el Concilio ha descubierto que les incumbe a todos los creyentes, sean o no clérigos y fuera cual fuese su cometido en la Iglesia. El cardenal Suenens, arzobispo de Malinas y Bruselas, ha publicado un libro sobre *La corresponsabilidad en la Iglesia*, que se acaba de traducir al castellano y que es interesante leerlo y meditarlo, por venir de quien viene.

En España, los obispos han dado luz verde, por primera vez en forma colectiva, al trabajo de los sacerdotes, aunque algunos prelados en sus diócesis ya estaban haciéndolo con mayor o menor apertura. Porque es necesario que el clero, que adquiere una nueva conciencia de su independencia y de su inserción en las tareas de los hombres, pueda trabajar con sus propias manos y su propia inteligencia para ganarse su sustento y vivir personalmente las tareas humanas, como es la del trabajo.

En lo que no han llegado a un acuerdo nuestros obispos ha sido en la redacción de un documento sobre los problemas de la fe hoy día. A unos les parecía el proyecto demasiado negativo y rígido; otros, en cambio, intentaban que fuese aprobado casi igual que en su primitiva redacción. Se ha discutido, se ha recabado el asesoramiento de teólogos de diversas tendencias, aunque no de los más avanzados, y se ha decidido posponer este asunto para su ulterior estudio y decisión. Pero no sabemos bien los términos de la propuesta ni la orientación que parece irá adquiriendo este asunto: en cambio, el Episcopado francés no tuvo inconveniente en que se conocieran las ponencias de los seis obispos dirigidos por monseñor Schmitt, y que en la prensa se comentase ampliamente el contenido de las mismas.

Muchos opinamos que el máximo contacto con la realidad es condición pastoral imprescindible, y los medios que actualmente se tienen a disposición, en bastantes ocasiones, no son suficientes para un conocimiento adecuado e imparcial de cier-

tos aspectos de la misma, ni de determinadas reacciones de apertura y de inquietud de conciencia en bastantes seglares.

Por eso la prensa sería —como en Francia o en Norteamérica— un factor de gran ayuda para este contacto de los dirigentes eclesiásticos con los problemas que vivimos hoy en nuestro país. Incluso, diría yo, que éste es el mejor camino —a pesar de los peligros que algunos quieren ver en él— porque se liberaría el mundo eclesiástico de un excesivo y demasiado parcial contacto con aquellos católicos que están denunciando siempre cualquier avance o cualquier novedad, y que tienen una mentalidad demasiado conservadora.

En estos días se ha suscitado también, sobre todo en Madrid, un problema candente: el de la elección de obispos. Trataré de ello en un próximo artículo, pero puedo adelantar que es creciente el número de seglares y de sacerdotes que desean una mayor participación del pueblo en la estructuración que en el futuro se dé a la manera de elegir a las personas que van a cumplir una función de dirigentes espirituales en la Iglesia.

También nuestro Episcopado —igual que el francés— se ha ocupado de la encíclica de la natalidad *Humanae Vitae*, y se encuentran diferencias, entre uno y otro documento, en la manera de abordar algunos puntos clave para las conciencias de los católicos. Sabida es la postura comprensiva y abierta de los Episcopados alemán, holandés, belga, austriaco, canadiense y francés en este particular. Y es significativo que el Episcopado norteamericano, que adoptó, a renglón seguido de la encíclica, una de las posturas más rígidas que en el mundo actual se han visto, hiciera hace pocos días una nueva declaración suavizando —aunque sea muy tímidamente— aquella postura demasiado absoluta.

Nuestros obispos hablan también de la conciencia personal y la tienen en cuenta, pero será interesante, en otro artículo, comparar las diferencias o matizaciones que pueden encontrarse entre las diferentes posturas de los obispos católicos en el mundo actual.

Los obispos franceses se han planteado igualmente el tema del bautismo y del matrimonio, y han llegado a la conclusión de que es muy fácil en el mundo de hoy realizar estos actos religiosos por razones sociales de costumbre, rutina o ventajas que nada tienen que ver con el cristianismo ni la religión. Por eso el bautismo ya no se dará en Francia a menos que los padres sean creyentes y vayan a educar a sus hijos en cristiano. Lo curioso es que, en el antiguo y criticado Derecho Canónico, se mantiene teóricamente esta postura, pero en la práctica se daba por bueno el bautismo en casi todos los casos.

Esta llamada de atención debe hacernos reflexionar a nosotros, ya que en todos los países —y en el nuestro también— se está produciendo una transformación religiosa profunda, de la que apenas se dan cuenta muchos, y es necesario ir —como decía el obispo de Guadix en una pastoral— a un desarrollo de la fe personal más que a esta inflación religiosa exteriorista y mezclada de elementos paganizantes, que vemos en muchos países de tradición católica como el nuestro.

El mismo problema existe en los matrimonios entre bautizados, en el país galo, y por eso los obispos pretenden que la ceremonia religiosa del matrimonio se celebre solamente entre los que tienen una fe explícita.

En el punto en que este Episcopado vecino no ha adoptado una postura abierta, según el sentir de los más progresivos, es en el de las relaciones con los protestantes en los actos de culto eucarístico. Hay bastantes católicos que desearían una celebración común eucarística, e incluso que católicos y protestantes comulgasen indistintamente en ella. Los obispos no han accedido a ello, porque creen que esto puede dar lugar a una confusión, tan perjudicial para los católicos como para los protestantes.

Lo importante, creo yo, es que los obispos cada vez insistan más en los aspectos pastorales, aceptando nuevos ensayos y caminos, y dejen las cuestiones doctrinales a la discusión de los teólogos y personas conocedoras de este campo, dándoles el máximo margen de confianza, estimulando así la corresponsabilidad.

Lo que hubiese sido muy interesante, entre nosotros, es haberse hecho eco la Asamblea Episcopal de la pastoral que acaba de publicar el obispo de Guadix, unos días antes de la Conferencia de obispos, sobre los derechos humanos y como conmemoración del Año de los Derechos Humanos.